

EL PRINCIPE CODODAC



EDITORIAL
TOR



00163287

Abouita

EL PRINCIPE CODODAC

CUENTO ARABE



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires



LA ABEJA

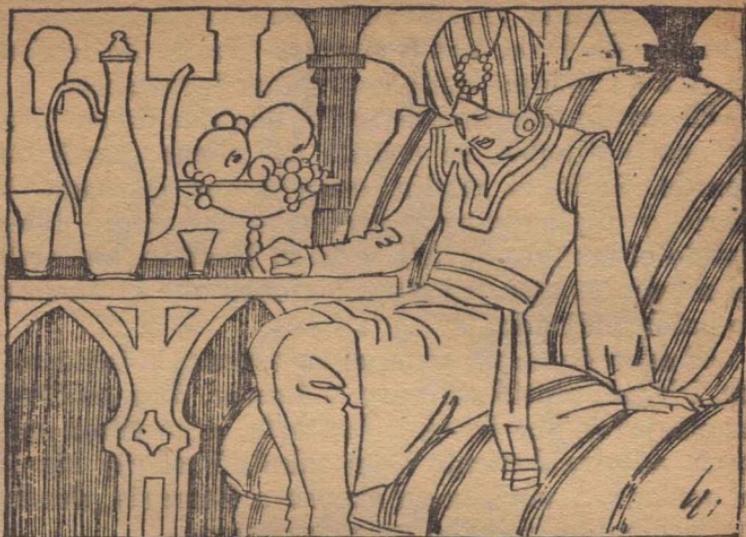
LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

HAN APARECIDO HASTA LA FECHA:

- | | |
|---|--------------------------------------|
| 1 - Pinocho en el teatro de titeres | 46 - La bella Dorigen |
| 2 - Blancanieves y los 7 enanitos | 47 - Las salamandras azules |
| 3 - Los príncipes encantados | 48 - Los zuecos maravillosos |
| 4 - La bella durmiente del bosque | 49 - Las tres hermanas |
| 5 - Juanfuerte | 50 - Fábulas de Iriarte |
| 6 - Piel de asno | 51 - El niño raptado |
| 7 - La princesa y el erizo | 52 - Barba Azul |
| 8 - Ali Babá y los 40 ladrones | 53 - Tanino el hormiguero |
| 9 - La inocente mensajera | 54 - Gulliver en el país de gigantes |
| 10 - Pinocho en campo de milagros | 55 - El tejedor de Segovia |
| 11 - El pájaro verde | 56 - El príncipe Cododas |
| 12 - Pulgarcito | 57 - La amiguita de los pájaros |
| 13 - Los maestros cantores | 58 - La señorita Scuderi |
| 14 - El rey del río de Oro | 59 - Fábulas de Esopo |
| 15 - Caperucita Roja | 60 - Constanca |
| 16 - Las tres princesas | 61 - Nicolás y Nicolásín |
| 17 - El triunfo del zorro | 62 - Los rosales de la reina |
| 18 - Pinocho en la isla de las abejas | 63 - El enfermero del Chacho |
| 19 - La princesa picarona | 64 - Grisélidis |
| 20 - Simbad el marino | 65 - Alicia en el país de maravillas |
| 21 - Canción de Navidad | 66 - Aladino |
| 22 - Un viaje maravilloso | 67 - Genoveva de Brabante |
| 23 - El niño que se volvió hormiga | 68 - La Sirenita |
| 24 - El enano Zacarías | 69 - Peter Pan |
| 25 - Pinocho en gruta del monstruo | 70 - El patito feo |
| 26 - El legado del moro | 71 - Hombre que vendió su sombra |
| 27 - El gato con botas | 72 - Los tres pelos del diablo |
| 28 - El hada de Granville | 73 - Hansel y Gretel |
| 29 - De los Apeninos a los Andes | 74 - La flor del pantano |
| 30 - Melique | 75 - El buque fantasma |
| 31 - El rey Cuervo | 76 - La cámara del tesoro |
| 32 - Almendrita | 77 - La desobediencia |
| 33 - Pinocho en el país de juguetes | 78 - El tarro de aceitunas |
| 34 - El niño perdido | 79 - El mensajero de la corona |
| 35 - Robin Hood | 80 - La camisa del hombre felix |
| 36 - La isla encantada | 81 - La verdad sospechosa |
| 37 - Pif Paf | 82 - La graciosa Emelia |
| 38 - La carga liviana | 83 - El muchacho afortunado |
| 39 - La alfombra mágica | 84 - La novia elegida |
| 40 - El pájaro que reía | 85 - Las dos estatuas |
| 41 - La Cenicienta | 86 - La botella encantada |
| 42 - Aventuras del rey Beder | 87 - El mercader de Venecia |
| 43 - El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego | 88 - La obligación |
| 44 - Pinocho en el fondo del mar | 89 - El favorito ingenioso |
| 45 - Gulliver en el país de enanos | 90 - Los dos ruiseñores |

UN VERDADERO ESFUERZO EDITORIAL Y ARTISTICO SIN PRECEDENTES EN AMERICA

Se ha hecho el depósito que exige la Ley 11.723.



EL PRINCIPE CODODAC

I



UBO en otro tiempo un soberano muy rico, pero en medio de su riqueza y poder se veía afligido por la pena de no tener descendiente, y rogaba a Dios todos los días que completara su dicha concediéndole un heredero.

Una noche se le apareció en sueños un anciano venerable que le dijo:

—Tus plegarias han sido escuchadas. Levántate, vete a tu jardín, toma una granada bien madu-

ra, y haciendo tres genuflexiones e invocando el nombre de Dios, come algunos granos de la fruta, y a su tiempo verás cumplidos tus deseos.

El rey, en cuanto amaneció, después de sus oraciones matinales, se acordó del sueño que había tenido. Salió al jardín, escogió una granada, la abrió, y eligiendo unos granos se los comió, invocando el nombre de Alá y de su Profeta, haciendo al mismo tiempo las genuflexiones que el anciano le había indicado.

Al cabo de algún tiempo; su esposa, la bella reina Pirozé, sintió un raro malestar. Los médicos aconsejaron que fuera a Samaria, cuyo clima sentaría admirablemente a su salud. Y el rey siguió el consejo, y envió a su esposa a Samaria, donde, precisamente, reinaba un primo suyo.

Al llegar a aquel país, la reina Pirozé experimentó notable mejoría, y no tardó en cumplirse la profecía del anciano que había visitado en sueño al rey de Deyarbekir. En efecto, al poco tiempo, la reina Pirozé recibió del cielo un hermoso niño.

El rey de Samaria se apresuró a poner en conocimiento de su primo aquel suceso feliz. Aquél le contestó rogándole que cuidara de la salud de la madre y del hijo, y que pusiese a éste el nombre de Cododac, y que le hiciese educar con esmero.

II

Cuando el joven príncipe, después de haber adquirido una gran destreza en todos los ejercicios guerreros, se sentía con suficiente valor, veía con impaciencia que pasaban los años de su juventud



Dijo que era un emir...

sin que su padre lo llamara. Aburrido y casi avergonzado de aquella ociosidad, manifestó a la reina Pirozé los deseos que tenía de ir a conocer al rey, su padre, a lo cual contestó la reina que había que esperar su llamado.

No pudiendo su madre calmar por más tiempo la impaciencia de Cododac, consintió en que partiera, pero como temían que el rey, su tío, se opusiera a su viaje si llegara a saberlo, dispusieron secretamente la partida, y, pretextando ir de caza, salió un día Cododac montado en un brioso caballo blanco.

Después de un largo camino, llegó al fin a la ciudad de Harran, capital del reino de Deyarbekir, en donde su gallarda presencia y lujosos atavíos llamaron la atención de muchas personas distinguidas de la corte, con quienes se relacionó, y las cuales le proporcionaron el honor de ser presentado al rey, su propio padre, a quien Cododac dijo que era hijo de un emir de Egipto. Prendado el rey de su bella presencia, le confirió un grado elevado en el ejército, y lo agregó al número de sus cortesanos.

Terminada la guerra, el rey, cuyo cariño por Cododac había aumentado extraordinariamente, viendo que a su valor unía un juicio sano y una sabiduría poco común en personas de su edad, le confió la tutela de los tres príncipes sus sobrinos, a los cuales puso bajo su dirección. Y de este modo, Cododac, sin que ellos lo imaginaran, resultó ser el ayo, el jefe y tutor de sus propios primos. Estos, sin embargo, veían con sumo desagrado la privanza y el afecto de que era objeto Cododac y estaban envidiosos y resentidos de la deferencia

*Reunía un
juicio sano...*



y amistad que los ministros y cortesanos le manifestaban.

—Hermanos míos —dijo uno de ellos—, nosotros no debemos obrar ostensiblemente contra ese intruso, ni menos aún empañar nuestras manos en su sangre, porque ello nos atraería el enojo de nuestro tío el rey y la animadversión general. Debemos obrar de otro modo para perderle o hacerle expulsar, por lo menos, del reino. Bajo el pretexto de ir a cazar, le pediremos a Cododao permiso para ausentarnos un día, y nos ocultaremos en alguna aldea. Al notar nuestra ausencia prolongada durante algunos días, el rey se alarmará, y viendo que no volvemos, dará severos castigos a este extranjero por su descuido en guardarnos.

Los otros hermanos adoptaron el parecer de éste, y al día siguiente le pidieron permiso a Cododac para ir a cazar a un bosque inmediato, nada más que hasta la caída de la tarde.

Sus primos partieron, pero no volvieron según habían prometido, y el rey, no viéndolos, preguntó a Cododac en dónde estaban sus sobrinos.

—Señor —le contestó éste—, hace tres días que me pidieron permiso para ir a cazar a un bosque inmediato, y como me ofrecieron regresar por la noche, no tuve inconveniente en concedérselo para una ausencia tan corta.

El rey se encolerizó mucho, hizo severas reconvencciones a Cododac por su inaudito descuido en no haber acompañado a los príncipes, y le ordenó que saliera inmediatamente en su busca, amenazándole con quitarle la vida si los príncipes no aparecían.

Acto continuo, muy afligido su corazón, se ciñó sus armas, montó a caballo y comenzó a recorrer todos los bosques y pueblos de las inmediaciones, preguntando en todas partes por los príncipes. Viendo que nadie le daba razón de ellos, se fué alejando en su busca hasta los confines del reino, y se encontró en una inmensa explanada en la que se distinguía a lo lejos un gran palacio de mármol negro, o más bien una fortaleza con sus torreones y otras defensas.

Se dirigió hacia aquel edificio, y cuando ya se hallaba cerca, oyó una voz suave que le decía:

—¡Oh, joven imprudente! ¡Aléjate inmediatamente de este sitio fatal, si no quieres ser víctima del monstruo que lo habita!

Cododac levantó la cabeza y vió a una joven



—¿Quién sois?

asomada a una ventana, con los cabellos destrenzados y vestida con el mayor desaliño.

Apenas terminó de hablar la joven, cuando apareció una especie de gigante que venía en dirección al castillo. Lejos de huir, Cododac, que tenía el corazón animoso, le esperó y se dispuso a recibirle, requiriendo sus armas y afirmándose en los estribos. Al verle solo, y pareciéndole un enemigo poco temible, el negro le intimó que se rindiera y le perdonaría la vida. Mas viendo que no le obedecía, sacó su descomunal alfanje y le asestó un tajo que, de haberle alcanzado, le habría partido el cuerpo por la mitad. Cododac, que sabía manejar su caballo con maestría, le hizo dar un bote hacia un lado, agachando el cuerpo al mismo tiempo, y evitó el terrible golpe, y antes que el negro hubiese vuelto a alzar el brazo, de un revés de su cimitarra se lo cortó, y el alfanje y el brazo cayeron al suelo, a donde no tardó también en ir el negro, que con la fuerza del dolor, había perdido los estribos. Cododac, saltando del caballo con presteza, se arrojó sobre el negro antes de que pudiera levantarse, le atravesó el pecho con su daga y después le cortó la cabeza.

La joven, que había presenciado este descomunal combate con indecible ansiedad, exclamó entonces:

—¡Príncipe, pues no dudo que lo seáis por vuestro denuedo y valentía, el monstruo tiene en los bolsillos las llaves de esta fortaleza; tomadlas y sacadme de este encierro!



Sacó un descomunal alfanje.

IV

Unos lastimeros ayes que salían del interior llamaron la atención de Cododac, y, dirigiéndose hacia aquel sitio, halló en los subterráneos del castillo más de cien prisioneros, con las manos atadas y sujetos a las paredes con cadenas de hierro. En presencia de estos desventurados, Cododac se enterneció y se apresuró a calmar su ansiedad diciéndoles:

—Cesad en vuestros lamentos, que yo no vengo a haceros ningún daño, sino a devolveros la libertad que habéis perdido, y a libraros de la muerte. Sabed que el negro antropófago ya no existe. Yo acabo de vencerlo y de cortarle la cabeza.

En seguida todos se arrojaron a los pies de Cododac, besándole las manos y el vestido, y colmándole de bendiciones. Pero ¡cuál no fué su sorpresa cuando al subir al patio y vistos a la luz del día, reconoció entre los prisioneros que acababa de librar de la muerte a sus propios primos! A los tres abrazó tiernamente, y ellos, al parecer, correspondieron a sus demostraciones de cariño.

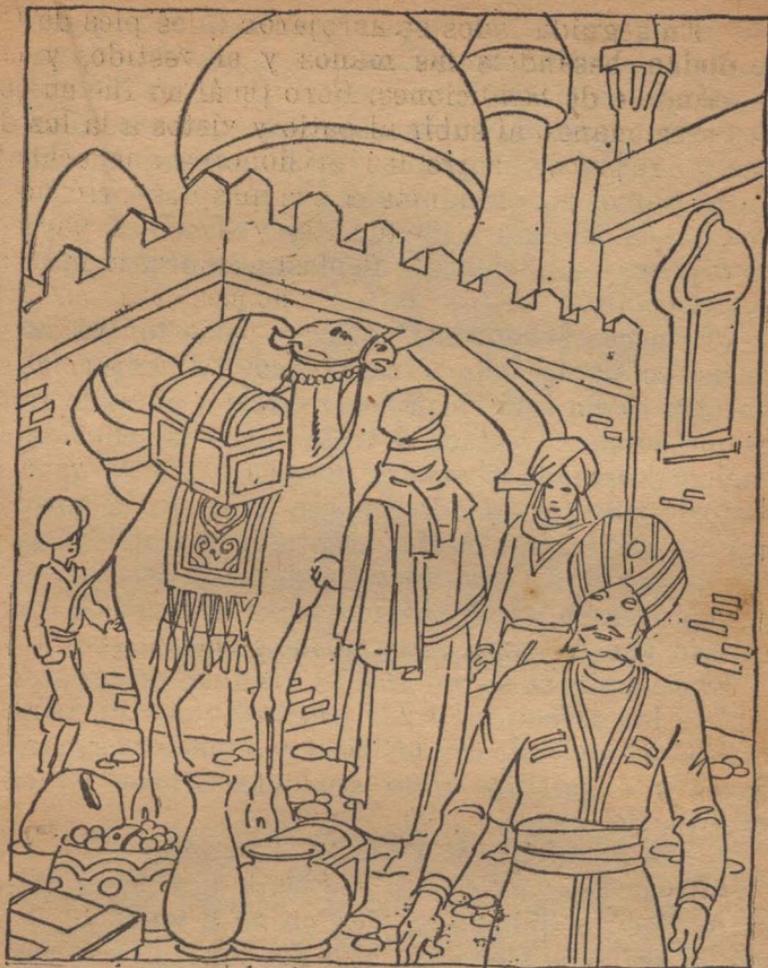
Después pasaron todos a inspeccionar las habitaciones del palacio, en las que encontraron riquezas incalculables en géneros y mercancías de toda especie; joyas y sacos de monedas de oro y de plata, y abundantísimos víveres: despojos todos de los desgraciados viajeros que cayeron en poder del monstruo.

V

Luego que los viajeros se hubieron marchado, Cododac dijo a la dama cautiva:

—¿A dónde queréis que os conduzca? Quiero acompañaros hasta el lugar donde ibais, y no dudo que estos príncipes también se prestarán a acompañaros conmigo.

—Príncipe —le contestó la dama—, eso sería abusar de vuestra magnanimidad. Sabed que soy la princesa Zoraida, hija del rey de la grande isla de Deryabar. Mi padre ya no existe por haber sido asesinado por un traidor infame, a quien había educado y adoptado por hijo. Este traidor, se enamoró de mí, y tuvo la osadía de pedir mi mano al rey mi padre. No habiendo consentido éste en un enlace tan desigual y, a pesar de lo mucho que quería a aquel joven, éste juró vengarse, y ponién-



Después de haber cargado unos camellos...

dose a la cabeza de algunos descontentos, invadió una noche el palacio de su bienhechor, le sorprendió y le quitó la vida. Unos oficiales fieles a mi padre me sacaron de palacio y me hicieron em-

barcar en uno de los buques que había en el puerto. Al cabo de algunos días de navegación desembarcamos en tierra firme con el objeto de dirigirnos a las cortes de varios soberanos que eran aliados y amigos de mi padre, y al atravesar esta llanura, fuimos sorprendidos por el monstruo de que nos habéis librado a mí y a estos príncipes, y ya os dije que en el combate todos mis acompañantes perecieron.

—Princesa —repuso Cododac—, puesto que no tenéis un punto determinado donde dirigiros, en vuestra mano está el que os retiréis a un asilo en el que seréis respetada y tratada con las consideraciones debidas a vuestra desgracia y jerarquía. Estos príncipes os ofrecen ese asilo en la corte del rey de Harran, su tío; aceptadlo, y si me creéis digno de ser esclavo vuestro, dignaos aceptar, al mismo tiempo, el ofrecimiento que os hago de ser esposo vuestro ante estos mismos príncipes.

El casamiento se verificó en seguida, en presencia de los príncipes, y fué celebrado con un banquete improvisado con los ricos y abundantes manjares y exquisitos vinos que encontraron en el castillo del negro.

Al fin de la comida Cododac dijo a sus primos:

—Príncipes: no quiero ocultaros por más tiempo el deciros quién soy. Ved en mí a vuestro primo, el príncipe Cododac, hijo del rey de Deyarbekir y de la reina Perozé, nacido y criado en la corte de mi tío el rey de Samaria.

Al oír esta declaración, los príncipes se quedaron sorprendidos, pero repuestos de esta sorpresa, felicitaron hipócritamente a Cododac, le abrazaron y le manifestaron, exteriormente, su contento.



Se confabularon entre sí.

VI

Al día siguiente, después de haber cargado en algunos camellos las provisiones y demás cosas necesarias para el camino, acompañados por los esclavos libertos del monstruo negro, emprendieron la marcha hacia la corte de Harran.

Los primos de Cododac, mientras tanto, se confabularon entre sí y resolvieron darle muerte antes de llegar a la capital del reino.

Puestos de acuerdo para asesinarlo, entraron una noche en la tienda de Cododac, le sorprendieron durante el sueño, y le infirieron horribles pu-



El casamiento fu



tebrado en seguida.

ñaladas, en presencia de su esposa, la princesa Zoraida. Cometido este indigno crimen, se pusieron inmediatamente en camino, y llegaron a Harran, en donde fueron recibidos por el rey con los brazos abiertos y lágrimas de gozo al volver a verlos, cuando ya los creía perdidos para siempre. Ellos le dijeron que, movidos por la curiosidad, habían andado recorriendo algunas ciudades vecinas, y que respecto a su ayo extranjero ni habían oído hablar de él ni le habían visto.

Fácil es comprender el dolor y la desesperación de la princesa Zoraida en presencia de su esposo cubierto de heridas. Gritaba, lloraba, se arrancaba los cabellos, y pedía auxilio a gritos, culpándose a sí misma de ser la causante de la muerte del príncipe. Al ver que nadie acudía, y notando que todavía respiraba, lo envolvió lo mejor que pudo para detener la efusión de sangre, y salió corriendo para ir a buscar a un médico o cirujano a un pueblo inmediato que se veía. Tuvo la suerte de encontrarlo, pero cuando llegó a la tienda acompañada del facultativo, Cododac no se hallaba ya en ella. Mirando con atención por todas partes y examinando el terreno, al descubrir rastros de sangre y huellas de animales, tuvieron por cosa cierta que Cododac había sido arrebatado y devorado por alguna fiera atraída por el olor de sangre. La aflicción de la princesa Zoraida no conoció límites entonces, y el médico, compadecido de su dolor, aun sin saber quién era, la instó para que se volviera con él al pueblo. Accedió la princesa y el médico la alojó en su casa, prodigándole toda suerte de consuelos. Viendo que su dolor no se calmaba, al cabo de unos días le dijo:

—Señora, os ruego que no os aflijáis de esa manera, y, sobre todo, os pido me digáis quién sois y cuáles son las desgracias que os han sucedido.

Agradecida la princesa a la buena voluntad del médico, se decidió, al fin a decirle lo que le había sucedido.

Después de haberla escuchado atentamente, el médico le dijo:

—Me parece, señora, que no debéis abandonaros exclusivamente a vuestro justo dolor, sino que debéis sobreponeros a él para cumplir con los deberes que vuestra condición de esposa os impone, tratando de vengar a vuestro esposo por medio del castigo de los asesinos.

La princesa siguió el consejo del médico y ambos se pusieron en camino a Harran.

VII.

Mientras tanto, la reina Pirozé, no pudiendo vivir ausente de su hijo, y sabiendo lo muy querido y respetado que éste era en la corte del rey, su padre, se decidió a venir a Harran con ánimo de hacer cesar su incógnito.

Cuando el rey llegó a saberlo por boca de la reina Pirozé, mandó realizar numerosas pesquisas en todo el reino para que se le buscara y averiguase su paradero; pero todo inútilmente.

La princesa Zoraida llegó acompañada por el médico a la ciudad de Harran, y el dueño de la casa donde se hospedaron les contó que toda la corte estaba muy conmovida por un acontecimiento extraordinario.

—El rey —les dijo— tenía un hijo que se lla-

maba Cododac, el cual ha estado viviendo en la corte de incógnito. Este príncipe ha desaparecido, y cuando ha llegado su madre, la reina Pirozé, y ha sabido por ella que aquel gallardo joven era su hijo, el príncipe Cododac, ha mandado buscarle por todo el reino, pero nadie ha sabido dar razón de su paradero.

Esperando una coyuntura favorable, un día que el médico pasaba por una calle, vió venir a una dama montada en una mula, cuyos arreos estaban guarnecidos de oro, perlas y rubíes, rodeada de otras mujeres montadas también en otras cabalgaduras ricamente enjaezadas, y todas escoltadas por brillante comitiva.

El médico preguntó quién era aquella dama. Habiéndole contestado que era la reina Pirozé, madre del príncipe Cododac, el médico marchó detrás de la comitiva. Llegada ésta a una mezquita, la reina se apeó, mandó distribuir muchas limosnas, y entró en la mezquita para asistir a las rogativas que el rey había mandado hacer.

Atravesando el médico con mucha dificultad el apiñado gentío, consiguió acercarse a uno de los guardias de la escolta, a quien le preguntó si no habría algún medio de hablar a la reina Pirozé. El guardia le contestó que era imposible hablar a la reina porque no recibía a nadie. Y agregó:

—Por importante que sea vuestro secreto, si no tiene alguna relación con el príncipe Cododac, es inútil hablarle de ello.

—Pues precisamente de lo que se trata es del hijo de la reina —replicó el médico.

Cuando la reina Pirozé entró en sus aposentos y el guardia le dijo que un desconocido deseaba

El dueño de la casa les contó...



hablarle para comunicarle un secreto importante, según él decía, relativo al príncipe Cododaç, mandó que le hiciesen entrar en seguida.

VIII

Luego que el médico de la princesa Zoraida estuvo en presencia de la reina Pirozè, le refirió muy minuciosamente todo lo ocurrido en el castillo del negro, el combate de Cododac con este monstruo, su casamiento con la princesa de Deryabar, y el agradecimiento de aquéllos asesinando en recompensa de haberles salvado la vida.

Cuando llegó a este punto de su relación, la reina Pirozè cayó desmayada en un sofá, y al reco-

del rey, enjaezada con gualdrapas y demás arreos bordados en oro y perlas.

Al ver pasar aquella brillante comitiva y al saber que aquella dama era la esposa del príncipe Cododac, todos se prosternaron y la aclamaban con entusiastas vítores. El rey la recibió al pie de la escalinata y la condujo al aposento de la reina Pirozé, la cual la recibió en sus brazos derramando lágrimas amargas por la muerte de su hijo, a las que mezcló las suyas la princesa, con visible enternecimiento del rey a la vista de la hermosa y desconsolada viuda del príncipe. Calmadas un tanto las emociones del vivo dolor que causaba en estas personas la pérdida del príncipe Cododac, la princesa Zoraida volvió a contar minuciosamente a los padres de éste, todo lo ocurrido en el castillo del negro, su casamiento, su viaje, el asesinato del príncipe, cuya relación volvió a renovar sus dolores, y terminó pidiendo justicia al rey contra los asesinos de su esposo.

—Os juro, señora —le contestó el rey—, que esos príncipes desleales y asesinos serán castigados como merecen; pero para que el pueblo, al ver su justo castigo, no crea que es un acto de crueldad y despotismo; para que no murmure o se subleve, es necesario proclamar antes la muerte de mi hijo el príncipe Cododac, a quien tanto admira y quiere, y que sepa de qué modo ha perecido. Quiero, además, que se le tributen los honores fúnebres que le son debidos, y que se construya un sepulcro digno de él, realizado con su estatua, a pesar de no tener sus preciosos restos.

Después de abrazar cariñosamente a la princesa Zoraida, y decirle que la reconocía como hija,



Luego que estuvo en presencia de la reina...

el rey la instaló en las habitaciones que había hecho preparar para ella en el palacio, con el número de esclavas y guardias necesarios para su servicio.

IX

El gran visir, por su parte, se ocupó inmediatamente de la construcción del monumento sepulcral en honor del príncipe, y tan pronto como estuvo concluído, empezaron a tributarse a Cododac los honores que le correspondían.

En el día señalado para las exequias, el rey, acompañado por todos los ministros, se dirigió al sitio en que se había elevado el monumento en una

extensa explanada en la que se hallaba ya un inmenso gentío que había acudido de la ciudad y de otros pueblos para rogar por el príncipe y presenciar las ceremonias fúnebres.

El rey, con los señores principales de su corte, se colocó en un estrado cubierto con alfombras de terciopelo negro, sembradas con lágrimas bordadas de plata y con otros emblemas, y luego que estuvo arrodillado, empezó a desfilar su guardia. Dió dos vueltas alrededor del monumento en el mayor silencio, y al dar la tercera, al pasar delante del frontispicio, cada uno de los guardias exclamó en alta voz:

—¡Oh, noble príncipe! Si el filo de nuestros alfanjes y el esfuerzo de nuestros brazos pudieran volverte a la vida, gustosos los emplearíamos, pero el rey de los reyes mandó cortar el hilo de tus días al ángel de la muerte, y el ángel ha obedecido. Sírvante de consuelo en la tumba las muestras de nuestro dolor y sentimiento por haberte perdido.

Detrás de la guardia se presentaron cien ancianos venerables, montados en mulas negras, llevando sobre sus cabezas descubiertas el libro del Alcorán. Estos eran unos solitarios cenobitas que vivían en un desierto lejano, y no se presentaban en público más que para asistir a las exequias de los reyes de Deyarbekir y de sus príncipes.

Luego que estos sacerdotes se alejaron, se acercaron al sepulcro cien jóvenes doncellas de singular hermosura, todas vestidas de blanco, con el rostro descubierto, y llevando en sus manos un cestillo cubierto con un paño de brocado guarne-



Lo que más llamaba la atención era su gallardía.

uido de perlas, lleno de rosas deshojadas de jazmines y azucenas.

Cuando se retiraron las doncellas, se levantó el rey, dió igualmente tres vueltas alrededor del mo-

numento, seguido de todos sus cortesanos, y , arrodillándose, exclamó con los ojos humedecidos por las lágrimas:

—¡Oh mi querido hijo! ¿Es posible que te haya perdido para siempre?...

No pudo decir más porque el dolor que sentía le cortaba la palabra.

X

En este intervalo se recibieron noticias de que varios de los príncipes vecinos, enemigos del rey, habían pasado la frontera y se dirigían a la capital con un poderoso ejército. El rey de Harran reunió inmediatamente cuantas fuerzas le fué posible, se puso al frente de sus tropas, y salió a combatirlos.

No tardaron en avistarse los dos ejércitos, trabándose en seguida una encarnizada lucha. En esa ocasión fué cuando se hizo más sensible la pérdida de Cododac, porque la suerte del combate se mostró varias veces incierta, hasta que, por la tarde, se decidió por fin en favor de los enemigos.

Ya había empezado el ejército de Deyarbekir a ejecutar su movimiento de retirada defensiva, cuando el ejército invasor se vió atacado, por uno de sus flancos, por un cuerpo numeroso de caballería.

Pero lo que les llamaba la atención era el ver la gallardía y el valor que desplegabá el jefe que los mandaba, a cuyo arrojo nada resistía; de modo que, reanimado el ejército de Harran con aquel



Quedaron mudos de asombro...

socorro imprevisto, volvió a tomar la ofensiva, y los enemigos no tardaron en verse derrotados, y emprendieron, no ya una retirada, sino una desordenada huida.

Cuando se hallaron cerca del brioso jefe, el rey y los que le acompañaban se quedaron parados, mudos de asombro y alegría, al reconocer en el denodado guerrero nada menos que al príncipe Cododac, a quien todos lloraban creyéndole muerto.

había protegido al príncipe; y durante diez días hubo grandes fiestas, así en la corte como en todo el reino, para celebrar los faustos acontecimientos de la derrota de los enemigos, del regreso del príncipe Cododac, y de su reconocimiento por heredero del trono.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 28 de enero de 1943.

Printed in Argentina.

Impreso en la Argentina

SC
WJ
C-LA



CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA

56